



Cuestión

Periodismo / Comunicación
ISSN 1669-6581

Esta obra está bajo una
Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-Compartir Igual
4.0 Internacional



Sociología y Política: relaciones, tensiones y conflictos

Daniel Natapof

Question/Cuestión, Nro.69, Vol.3, agosto 2021

ISSN: 1669-6581

URL de la Revista: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/>

IICom -FPyCS –UNLP

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e552>

Sociología y Política: relaciones, tensiones y conflictos

Sociology and Politics: relations, tensions and conflicts

Daniel Natapof

Cátedra DDHH; Sede Andina; Universidad Nacional de Río Negro

Argentina

danielnatapof@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-9634-0573>

Resumen

El artículo analiza la compleja relación entre sociología y política, planteada desde los orígenes de su creación, que continúa vigente, al igual que el propósito mismo de la disciplina científica en constante proceso de revisión y replanteo, doscientos años después.

Se pasa revista a una (necesariamente) parcial revisión de perspectivas de algunos de los fundadores de la disciplina, así como a autores contemporáneos y libros que han recorrido la pregunta central respecto del fin y la “utilidad” de la sociología. Los citados planteos, abordan

siempre entre otros tópicos el de la relación entre sociología y política, entre la disciplina científica y la demanda social, entre ciencia y poder, por mencionar algunos de los interrogantes.

Se establecen posibles orígenes de la escisión entre el campo teórico y el del conocimiento aplicado, así como de una relación entre sociología y política que aún no ha respondido a las expectativas que la disciplina científica suscita desde su creación.

El artículo plantea asimismo, tanto en su análisis como en las posibles hipótesis, su postura en relación a la temática, postulando la impostergable necesidad de avanzar en tono crítico pero en un camino cierto, hacia la superación de una escisión que lejos de ser virtuosa niega alternativas valiosas de sinergia en pos del desarrollo.

Palabras claves: sociología; política; sentido común; demanda social; poder.

Abstract

This article analyzes the complex relation between sociology and politics since from the origin of the creation of this social science, that continues, in the same firm intention in this scientific discipline in a constant process of replanting and checking as two hundred years ago.

It's necessary to review in a perspective way some of the founders about the discipline as well as contemporary authors and books that inquire about the utility of such science. Those approaches drive as always towards the relation between sociology and politics, between science and power, just to mention some of the inquiry.

The possible origin establish the division between the theoretical field and the applied knowledge like a relation between sociology and politics that yet has not a response to the expectations since their setting up.

The article approaches as much in its analysis as the hypothesis the relation in the thematic meaning, the unregulation necessity to go further in a critical tone but in the truthful path to overcome the division that denies valuable alternatives of synergy in the way of development.

Key words: sociology; common sense; social request; power.

Artículo:

Prácticamente lo primero que nos enseñan en la facultad es la diferencia entre ciencia y sentido común. Tan apreciado socialmente, referenciado en el diálogo cotidiano como algo virtuoso, el sentido común es descalificado frente a los curiosos ojos de los jóvenes estudiantes apenas inician sus estudios. ¿Por qué? El sentido común es presentado como la explicación evidente, obvia, muchas veces engañosa, que se ofrece ante los ojos de los ciudadanos, los no científicos.

Se nos explica que ese carácter de obviedad del cual hace gala el sentido común, facilita el ocultamiento de significados más profundos, naturaliza la vida cotidiana desconociendo procesos sociales, económicos y políticos que logran permanecer ocultos a la mirada del ciudadano, evadiendo la complejidad de lo que sucede, escondiendo las causas y orígenes de los problemas actuales.

En algunos casos, según la perspectiva teórica o ideológica del autor o el docente, el sentido común será simplemente una tendencia a la naturalización del presente y la consecuencia del desconocimiento del no experto o bien, en otros casos, una herramienta de una determinada clase social o grupo de interés que obtendrá esta suerte de invisibilización de relaciones de poder caracterizadas por relaciones asimétricas y de dominación.

En contraposición se encontraría la Ciencia con mayúscula, ¿qué es la ciencia social entonces? En 1819 Auguste Comte, padre de la disciplina y creador del término “sociología”, escribía:

... entiendo por física social la ciencia que tiene por objeto propio el estudio de los fenómenos sociales, considerados con el mismo espíritu que los fenómenos astronómicos, físicos y fisiológicos, es decir, como sujetos a leyes naturales invariable, cuyo descubrimiento es el fin especial de sus investigaciones. Así, se propone directamente explicar con la precisión más grande posible el gran fenómeno del desarrollo de la especie humana considerado en todas sus partes esenciales, es decir, descubrir mediante qué encadenamiento necesario de transformaciones sucesivas el

género humano ha sido conducido gradualmente hasta el punto en que hoy se encuentra en la Europa civilizada, partiendo de un estado apenas superior al de las sociedades de los grandes monos. El espíritu de esta ciencia reside, sobre todo, en buscar en el profundo estudio del pasado la verdadera explicación del presente y la manifestación general del futuro (Comte, 1977, p.p. 201-202).

Ese era un momento de apogeo del positivismo, del desarrollo del capitalismo y la expansión colonialista de la civilización europea, nótese que originalmente se hablaba de “física social”, denominación en absoluto irrelevante, ya que existe la certeza de que hay leyes invariables que nos rigen en forma invisible pero cierta. Entonces, la ciencia, tiene el papel de descubrir esas leyes. ¿El modelo por excelencia? Las ciencias naturales.

Si bien en esta formulación inicial hay un objetivo centrado en el descubrimiento de “la verdad” y el bienestar humano, en un mundo de leyes naturales invariables no parece haber demasiado lugar para la política. El bienestar está asociado a una suerte de progreso ineluctable al que se llegará a través de la superación de diversas etapas.

Sin embargo, a pesar de tanta certeza, los sociólogos no nos quedamos tranquilos y luego de 200 años nos seguimos preguntando muchas cosas sobre la razón de ser de nuestra propia disciplina y estos interrogantes incluyen las relaciones de la disciplina científica respecto de los problemas sociales que estudia y por lo tanto, su relación con lo político.

Bauman, expresó que la pregunta para qué sirve la sociología,

...es especialmente importante porque ésta es diferente de casi todas las demás disciplinas del trabajo intelectual. Mientras que la mayoría de estas ciencias pueden identificar un objeto “externo” que constituye la materia de su investigación, la sociología es incapaz de hacerlo. La sociología es ella misma una parte esencial del mundo social que intenta explorar. Es parte de un mundo social que, de hecho, es capaz de existir sin las aportaciones de la sociología. (p.14).

Lucas Rubinich, plantea en la introducción del libro titulado, justamente, “¿Para qué sirve la sociología?” (2006) que esta pregunta trata de dos elementos significativos: el primero es el estatus científico de la de la sociología; y el segundo, relativo a la participación de la sociología

en las luchas por la imposición de visiones del mundo, es decir o bien podríamos decir: su vínculo con el mundo de la política (p. 9).

A cada paso, las ciencias sociales explícita o tácitamente trabajan a la sombra de las concepciones propias de las ciencias naturales sobre ciencia básica y aplicada. Esa sombra tendrá directa incidencia en los debates acerca de la relación entre sociología “académica” vs. sociología “aplicada”, con implicancias profundas que también remiten a la relación de la disciplina científica con otros ámbitos como el del mercado, pero este tema excede el presente artículo.

El primero de esos temas planteado por Rubinich, el estatus científico de la sociología, tiene gran presencia en las reflexiones de algunos de los llamados padres fundadores, destacándose Durkheim (1858-1917) entre ellos, quien dejó una impronta presente hasta nuestros días respecto de la reivindicación y normalizaron la disciplina, creando y delimitando su autonomía. Era un momento histórico en el cual se manifestaba como impostergable la necesaria separación del mundo del saber, de los poderes políticos, religiosos y económicos.

Estas posturas deben ser comprendidas en un marco en el cual, aún subsistían los resabios de un poder feudal y religioso respecto del cual la ciencia buscaba liberarse de una etapa que consideraban sombría, en la mayoría de los casos.

Durkheim va a plantear que:

La ciencia comienza cuando el saber, cualquiera que sea, es buscado por sí mismo. Sin lugar a dudas, el científico sabe claramente que sus descubrimientos, a todas luces, serán susceptibles de ser utilizados. Puede ocurrir incluso que dirija preferentemente sus investigaciones sobre tal o cual punto porque de ese modo presiente que serán más aprovechables, que permitirán satisfacer necesidades urgentes. Pero en la medida en que se entrega a la investigación científica se desinteresa de las consecuencias prácticas. Dice lo que es; comprueba lo que son las cosas y ahí se queda. No se preocupa por saber si las verdades que descubre serán agradables o desconcertantes, si es bueno que las relaciones que establece sean lo que son, o si más valdría que fueran de otro modo. Su papel es expresar lo real, no juzgarlo (Durkheim, 1977, p. 71).

Sin embargo, nos plantea de Singly que Durkheim, al mismo tiempo expresó que la sociología no vale «una hora de trabajo si no debiera tener más que un interés especulativo»; Durkheim ciudadano y político se ocultaba detrás de Durkheim científico y erudito, consagrándose el primero a la ciencia, deseando el segundo extraer enseñanzas para el buen funcionamiento de la sociedad” (p. 33).

Nótese que en la conformación de la disciplina misma hay una tensión entre un objetivo científico y el uso social y político de ese conocimiento... más acuciante aún en el caso de una ciencia social que en el caso de otras disciplinas científicas.

Ahora bien, más cerca en el tiempo Lahire cita a dos famosos sociólogos, Raymond Aron planteará que:

La curiosidad sin otra preocupación que el conocimiento, sin otra disciplina que la que siempre impone por sí misma, sin consideración por la utilidad que, en la civilización pragmática y pecuniaria, sigue siendo la de algunos y no de todos, esa curiosidad entregada a sí misma ofrece una garantía contra el despotismo del dinero, una posibilidad de progreso y crítica (Aron, 1978, p. XXIII) (p. 26).

Nuevamente, estamos a la sombra de una suerte de concepción que presupone que una esfera autónoma de la ciencia respecto de otras esferas sociales, resulta saludable para la ciencia social, ya que la dotaría de libertad y objetividad. Tácitamente además, se asume que es posible mantener la investigación científica libre de “impurezas” que la contaminen.

Hoy, entre quienes depende la existencia de la sociología, cada vez hay más que se preguntan para qué sirve la sociología. De hecho, la sociología tiene tantas más posibilidades de decepcionar o contrariar a los poderes cuanto mejor cumpla con su función propiamente científica. Esta función no es servir para algo, vale decir, para alguien. Pedir a la sociología que sirva para algo es siempre una manera de pedirle que sirva al poder. Mientras que su función científica es comprender el mundo social, comenzando por los poderes. Operación que no es neutra socialmente y que sin duda alguna cumple una función social. Entre otras razones, porque no existe poder que no

deba una parte –y no la menor- de su eficacia al desconocimiento de los mecanismos que lo fundan (Bordieu, 1980, pp. 23-24) (p.p. 26-27).

En el caso de Bordieu (al menos en ese momento de su obra y su recorrido) hay varias aseveraciones a destacar:

a) “la sociología tiene tantas más posibilidades de decepcionar o contrariar a los poderes”, por lo cual se da por hecho que la sociología debe ser contraria a “los poderes”, esta postura se reitera cuando afirma que: «Pedir a la sociología que sirva para algo es siempre una manera de pedirle que sirva al poder»;

b) «no existe poder que no deba una parte –y no la menor- de su eficacia al desconocimiento de los mecanismos que lo fundan». En este último caso parece difícil contradecir al autor, sin embargo esta afirmación debería ser desvinculada, al menos apriori, de perspectivas intencionalistas o conspirativas en las cuales “el poder” obra de manera consciente como una suerte de demiurgo. Por otro lado, la idea de develar parece planteada como opuesta (en términos antinómicos) a la de “servir”. Tampoco la palabra servir responde a una elección casual, con fuertes resonancias que remiten al vocablo “servil”.

Entonces, tenemos en algunos casos, sociólogos que reivindican una esfera autónoma del teórico y del investigador. Sea este un requisito para el desarrollo de la ciencia en términos positivistas, también dentro de lo que se llamó objetivismo, se propone el desapego por los efectos inmediatos de la producción científica, en términos de lograr independencia total respecto del “poder”. En este último caso, lejos de la perspectiva positivista comtiana de evolución social por etapas socio-históricas, para Aron o Bordieu, la posibilidad de transformación radical de la sociedad deviene de la libertad del investigador para develar los mecanismos de dominación que se ocultan tras los aparentemente naturales procesos sociales.

De Singly plantea en tono crítico, que en las ciencias sociales habría un polo de producción restringida, que genera investigaciones científicas, también las llama científicamente útiles, realizadas por el científico, investigador y erudito por un lado. Por otro: el polo de producción ampliada, textos e investigaciones socialmente útiles pero de menor valor científico, el campo

del ingeniero social, experto e interviniente. Sin embargo, cuando se intenta presentar la posibilidad de que ambos tipos de textos integren una misma categoría, surge el nudo problemático.

«Esta articulación entre las justificaciones científica y social no me parece suficientemente analizada en sociología. En efecto, más bien domina un esquema que tiende a separar esos dos niveles y a criticar a quienes los confunden» (de Singly, p. 29).

Este recorrido necesariamente parcial, sin embargo, permite aportar algo al entendimiento sobre los motivos por los cuales hoy subsiste un enorme desfasaje entre la actividad académica y la actividad política, una distancia que en nuestro país, puede adelantarse de manera hipotética, obtura la posibilidad de la ciencia social en un rol protagónico respecto al desarrollo y nos priva de una sinergia valiosa entre ambos campos.

La academia va a un ritmo siempre desacompañado respecto de los tiempos de la política pública y de los problemas que debe resolver el decisor político. El académico elige sus temas, salvo elecciones personales, con prescindencia de la utilidad social y así, transcurren como esferas autónomas en un macro sistema que se supone virtuoso pero que a la luz de nuestro desarrollo histórico, no lo es.

También puede señalarse como elemento positivo, que con el tiempo muchas categorías teóricas se han convertido en parte del sentido común: clases sociales, estratos, estatus, conflictividad social, y otros, son conceptos que a veces simplificados, aparecen hoy en el vocabulario político y periodístico.

En alguna medida, esto también se lo debemos a los fundadores de la sociología, Karl Marx (1818-1883) había realizado aportes centrales para el corpus de la teoría social moderna «en un contexto que, a la par que posibilitaba reivindicar el conocimiento científico y su autonomía frente a esos poderes, habilitaba una ciencia social que buscaba lograr (y que efectivamente conseguiría) efectos políticos y culturales bastante inmediatos» (Rubinich, p. 9).

Marx, claramente señaló el papel de develamiento de la realidad que correspondía a la ciencia social. El científico social debe correr el velo con el cual la “realidad” se presenta ante el ser

humano escondiendo relaciones de dominación y explotación. El velo oculta relaciones de poder, de desigualdad, de dominación y sujeción de unos seres humanos por otros.

Otro sociólogo contemporáneo, Peter Berger expresa que una diferencia esencial entre el teatro de marionetas y nuestro escenario de actuación es que a diferencia de las marionetas, «...tenemos la posibilidad de interrumpir nuestros movimientos, levantar los ojos y descubrir así la maquinaria responsable de nuestros movimientos. Este es el primer paso hacia la libertad. Y también la justificación última de la sociología, concebida como una disciplina humanista» (de Singly, p. 47).

Esta función de develamiento es hoy, una labor inherente al rol del sociólogo a condición de no constituir una suerte de ejercicio profético y también, compatible con la colaboración en la resolución de las problemáticas sociales expuestas, sea desde uno u otro rol.

Otro de los conceptos a través del cual se debate esta tensión es el de la “demanda social”:

Robert Castel expresa que, a pesar de que él nunca fue tras la “demanda social” y jamás tuvo limitaciones externas respecto de sus investigaciones, «tengo un enorme recelo respecto de una actitud pusilánime que podría calificarse de puritanismo sociológico, que desprecia los compromisos con el siglo y exalta las virtudes de la investigación desinteresada a la manera en que algunos artistas, antaño, predicaban el arte por el arte» (p. 90).

Durante este tiempo otras cosas han cambiado, de las certezas de Comte sobre la marcha hacia un destino ineluctable de progreso y felicidad, tal vez las ciencias sociales tienen hoy una mayor modestia y la mayoría de sus científicos sociales no creen en un progreso lineal de la humanidad. El avance tecnológico y el dominio de la naturaleza no es visto como evidencia de progreso humano, y resulta más apropiado hablar de cambios y transformaciones.

Tal vez, esa modestia no se observa respecto de la siempre presente tentación de consituirse en profetas que develan los mecanismos de dominación y guían al desamparado ciudadano y a la desconcertada sociedad hacia la realización de sociedades utópicas y deseables.

Tal vez interrogantes más terrenales puedan colaborar a una relación de sinergia y realimentación, ¿cómo lograr instancias de colaboración desde la sociología que además de

plantear problemáticas sociales colaboren en su resolución o al menos, su mejora? ¿cómo lograr esas instancias y vinculación con el espacio de libertad que requiere la ciencia para trabajar en forma creativa y al mismo tiempo no silenciar conclusiones incómodas? ¿cómo evitar una sociología que simplemente se convierta en un brazo técnico y proletarizado del sistema político? ¿cómo lograr una sociología que tras el argumento de la libertad académica, no se constituya en un sistema que se auto preserva simplemente como élite? ¿cómo compatibilizar libertad académica con una producción socialmente útil? ¿cuáles son las relaciones y los posibles impactos de la producción de las ciencias sociales respecto del desarrollo sostenible y sustentable en América Latina?

A modo de cierre, la sociología aporta al campo de la política una visión que intenta, siempre valiéndose también de otras y numerosas disciplinas, establecer escenarios y dilucidar procesos históricos en los cuales surgen y se desarrollan entre otros procesos, las diversas luchas por una vida mejor y más digna. Entendiendo que se trata de un ámbito que surge y es surcado por dimensiones sociales, económicas, políticas, culturales, religiosas y por supuesto, nacionales. Un campo de lucha por dar significado a ciertos conceptos y su apropiación, todo ello influenciado por múltiples intereses y conflictos. Un campo dinámico y complejo.

Al fin y al cabo, en relación a la vinculación entre Sociología y Política ambas comparten una promesa. No en los términos de Comte, sino de otro clásico, más cercano en el tiempo llamado C. Wright Mills, quién publicó en 1959 su clásico “La imaginación sociológica”, en el cual expresó en “La promesa”: «El nuestro es un tiempo de malestar e indiferencia, pero aún no formulados de manera que permitan el trabajo de la razón y el juego de la sensibilidad». (p. 31).

Mills amplía su descripción de la promesa, aún no realizada:

Lo que necesitan (se refiere a las y los ciudadanos), y lo que ellos sienten que necesitan, es una cualidad mental que les ayude a usar la información y a desarrollar la razón para conseguir recapitulaciones lúcidas de lo que ocurre en el mundo y de lo que quizás esté ocurriendo dentro de ellos. Y lo que yo me dispongo a sostener es que lo que los periodistas y los sabios, los artistas y el público, los científicos y los editores esperan de lo que puede llamarse la imaginación sociológica, es precisamente esa cualidad. (...) La

imaginación sociológica nos permite captar la historia y la biografía y la relación entre ambas dentro de la sociedad. Esa es su tarea y su promesa (p. 25).

Esta promesa sigue plenamente vigente y resulta aún más acuciante que nunca, debido al impacto de alcance impredecible aún: de las redes sociales y la concentración de los medios de comunicación, la aparición del big data y otros desarrollos tecnológicos que amenazan la privacidad y permiten temer nuevos y sofisticados mecanismos de sugestión y manipulación de la opinión pública, pero también de los renovados conflictos entre bloques hegemónicos, la reaparición de las amenazas biológicas a partir de la irrupción de nuevas pandemias, así como de la persistencia del carácter turbulento e incierto de las democracias en América Latina. El incompleto enunciado, sólo menciona algunos de los desafíos que hoy enfrentan ciudadanos, comunidades y sociedades, en un creciente y complejo escenario que pone en evidencia la extraordinaria fragilidad del ser humano, la sociedad y la democracia. Allí radica la tarea que nos convoca y nuestra Promesa a realizar.

Bibliografía:

Bauman, Z. (2014). *¿Para qué sirve realmente...? Un sociólogo*. Buenos Aires: Argentina: Paidós.

Castel, R. (2006). La sociología y la respuesta a la demanda social. En Lahire, B. (dir.), *¿Para qué sirve la Sociología?* (pp. 89-99). Buenos Aires. Argentina: Siglo XXI Editores.

Comte, A. (1977). *Primeros Ensayos*. Ciudad de México D.F. México: Fondo de Cultura Económica.

de Singly, F. (2006). La sociología, forma particular de conciencia. En Lahire, B. (dir.), *¿Para qué sirve la Sociología?* (pp. 31-61). Buenos Aires. Argentina: Siglo XXI Editores.

Lahire, B. (2006). Introducción. En Lahire, B. (dir.) *¿Para qué sirve la Sociología?* (pp. 23-30). Buenos Aires. Argentina: Siglo XXI Editores.

Mills, C. Wright (1964). *La imaginación sociológica*. México D.F. México: Fondo de Cultura Económica.

Rubinich, L. (2006). Prólogo: tres notas sobre el para qué. En Lahire, B. (dir.), *¿Para qué sirve la Sociología?* (pp. 9-21). Buenos Aires. Argentina: Siglo XXI Editores.